

Tiempo cautivo

OR ABURTO MORALES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE ARTES VISUALES
MONTERREY, N.L., MEXICO
1997

07298

1

987

54

1

177
178
179
180

181
182
183
184

185
186
187
188

189
190
191
192

193
194
195
196

197
198
199
200

201
202
203
204

205
206
207
208

209
210
211
212

213
214
215
216

217
218
219
220

221
222
223
224

225
226
227
228

229
230
231
232

233
234
235
236

237
238
239
240

241
242
243
244

245
246
247
248

249
250
251
252

253
254
255
256

257
258
259
260

261
262
263
264

265
266
267
268

269
270
271
272

273
274
275
276

277
278
279
280

281
282
283
284

285
286
287
288

289
290
291
292

293
294
295
296

297
298
299
300

301
302
303
304

305
306
307
308

309
310
311
312

313
314
315
316

317
318
319
320

321
322
323
324

325
326
327
328

329
330
331
332

333
334
335
336

337
338
339
340

341
342
343
344

345
346
347
348

349
350
351
352

353
354
355
356

357
358
359
360

361
362
363
364

365
366
367
368

369
370
371
372

373
374
375
376

377
378
379
380

381
382
383
384

385
386
387
388

389
390
391
392

393
394
395
396

397
398
399
400

401
402
403
404

405
406
407
408

409
410
411
412

413
414
415
416

417
418
419
420

421
422
423
424

425
426
427
428

429
430
431
432

433
434
435
436

437
438
439
440

441
442
443
444

445
446
447
448

449
450
451
452

453
454
455
456

457
458
459
460

461
462
463
464

465
466
467
468

469
470
471
472

473
474
475
476

477
478
479
480

481
482
483
484

485
486
487
488

489
490
491
492

493
494
495
496

497
498
499
500

501
502
503
504

505
506
507
508

509
510
511
512

513
514
515
516

517
518
519
520

521
522
523
524

525
526
527
528

529
530
531
532

533
534
535
536

537
538
539
540

541
542
543
544

545
546
547
548

549
550
551
552

553
554
555
556



1080077438



TIEMPO CAUTIVO
SALVADOR ABURTO MORALES

PRIMERA EDICIÓN 1997

PROLOGO:
ELIGIO CORONADO

PORTADA E ILUSTRACIONES:
SALVADOR ABURTO MORALES

DISEÑO GRAFICO:
ICONO PUBLICIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DR. REYES S. TAMEZ GUERRA
RECTOR

DR. LUIS GALAN WONG
SECRETARIO GENERAL

FACULTAD DE ARTES VISUALES
ARQ. MARIO ARMENDARIZ VELAZQUEZ
DIRECTOR

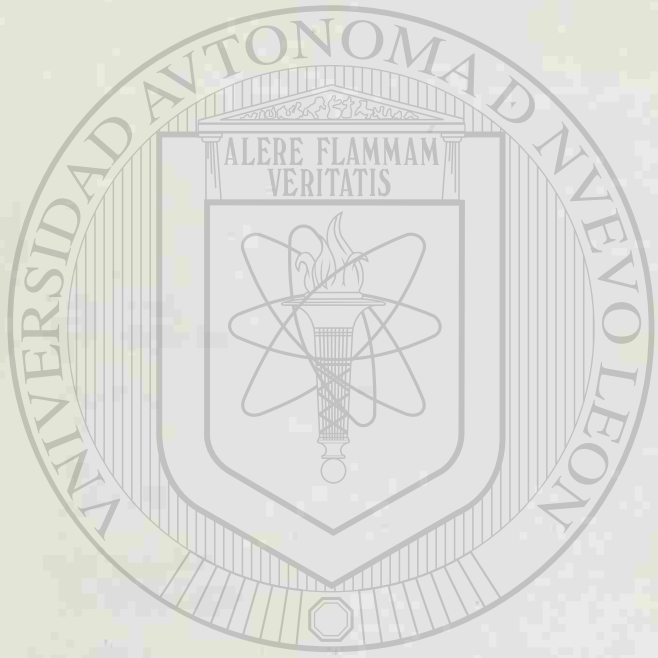
DERECHOS DE AUTOR EN TRAMITE

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE ARTES VISUALES
MONTERREY, N.L., MÉXICO
1997



A mis hijos
Dulce Jesús
Jesús Salvador

SALVADOR ABREGO MORALES

Tiempo cautivo



TIEMPO CAMBIO



ZEJAROM OTROVA RODAVIAZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE ARTES VISUALES
MONTERREY, N.L., MÉXICO
1997



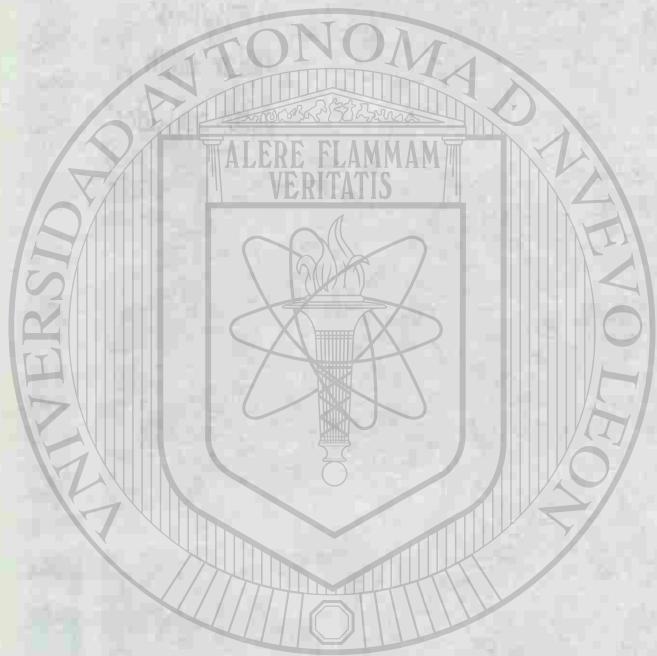
JUAN

Prólogo	
Ya no me puedo quedar	11
Hago la cama con mamá	12
En mi familia	13
Algo me pasó	14
Nació un niño en mi casa	15
Los días	16
El momento de dar	17
De la vida	18
Una vez más	19
El tiempo	20
De la vida	21
Una vez más	22
El tiempo	23
De la vida	24
Una vez más	25
El tiempo	26
De la vida	27
Una vez más	28
El tiempo	29
De la vida	30
Una vez más	31
El tiempo	32
De la vida	33
Una vez más	34
El tiempo	35
De la vida	36
Una vez más	37
El tiempo	38
De la vida	39
Una vez más	40
El tiempo	41
De la vida	42
Una vez más	43
El tiempo	44
De la vida	45
Una vez más	46
El tiempo	47
De la vida	48
Una vez más	49
El tiempo	50
De la vida	51
Una vez más	52
El tiempo	53
De la vida	54
Una vez más	55
El tiempo	56
De la vida	57
Una vez más	58
El tiempo	59
De la vida	60
Una vez más	61
El tiempo	62
De la vida	63
Una vez más	64
El tiempo	65
De la vida	66
Una vez más	67
El tiempo	68
De la vida	69
Una vez más	70
El tiempo	71
De la vida	72
Una vez más	73
El tiempo	74
De la vida	75
Una vez más	76
El tiempo	77
De la vida	78
Una vez más	79
El tiempo	80
De la vida	81
Una vez más	82
El tiempo	83
De la vida	84
Una vez más	85
El tiempo	86
De la vida	87
Una vez más	88
El tiempo	89
De la vida	90
Una vez más	91
El tiempo	92
De la vida	93
Una vez más	94
El tiempo	95
De la vida	96
Una vez más	97
El tiempo	98
De la vida	99
Una vez más	100

A mis hijos:
Dulce Judith y
Jesús Salvador



PA 7298
11
B87
T54



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

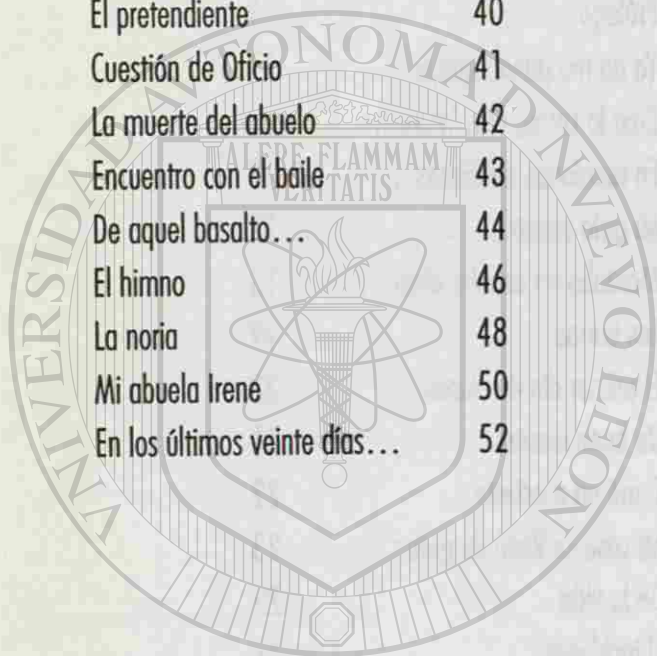


(77348)

INDICE

Prólogo	9
Yo no me puedo quejar...	11
Bajo la cama, casi inmóvil...	13
En reuniones familiares...	15
Mi gato murió...	17
Montaba un caballo viejo...	18
Los burros	19
El primer día de clases	20
De buen diente	21
Tomé un machete...	22
Mi casa se llenó de gatos...	23
De la vida	25
El incidente	27
Cuentan que me perdí...	28
Tarde de luces	29
Del Día de Reyes...	31
¿Será parte del amor?	33
El remiendo de mamá	34
Susto y milagro	35
Cuando la humedad llegaba...	36
Las mejores piernas...	37
Truenos y relámpagos	38
La hoguera	39

El pretendiente	40
Cuestión de Oficio	41
La muerte del abuelo	42
Encuentro con el baile	43
De aquel basalto...	44
El himno	46
La noria	48
Mi abuela Irene	50
En los últimos veinte días...	52



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las memorias no se escriben de memoria. Hasta este género tiene que ser reconstruido por la palabra. Referir los propios hechos autobiográficos no debería significar más que una sencilla labor de relación y, sin embargo, mientras estos acontecimientos no llegan al río de la escritura, no adquieren forma. Una vez que la palabra los ordena, delimita y pule, estos atisbos vivenciales se transforman en textos. Textos que varían en extensión, pero no en intensidad. Textos en los que su autor (Salvador Aburto Morales) cruza el puente de su propia identidad para ir en busca de ése otro que es él mismo, de ése otro que ya no será más. De ése otro que es ahora un personaje del pasado y que Salvador observa con un mucho de curiosidad y de ternura, sorprendido por el vínculo espiritual que prevalece. No se trata aquí de un retorno al estado de pureza original, sino de un ejercicio de recuperación y análisis de esos lazos terrenales y emotivos que se descubren justo cuando la imperfecta membrana de la inocencia empieza a resquebrajarse. Es entonces que lo alucinante se instala en el espejo de nuestra sensibilidad... y sólo la palabra puede expresarlo. Cuando esto

ocurre, lo escrito trasciende los dominios de la página y la experiencia personal se vuelve memoria compartida.

Es decir, tiempo cautivo que se integra al dominio público con todos sus perfiles de nostalgia, reflexión y testimonio.

Salvador ha cerrado el círculo: conocernos más nos hace ser mejores.



ELIGIO CORONADO

Julio 30, 1996.

YO NO ME PUEDO QUEJAR...

Yo no me puedo quejar de incompreensión ni de desamor. Mis padres, mis abuelos, mis tíos y mis tres hermanas, volcaron todo su afecto por dondequiera que pasó mi niñez. De mi padre, quedaron realmente muy pocos malos ratos en mi memoria. Cuando se hizo viejo, lo abrazaba sin prejuicios y creo que ambos teníamos la sensación de abrazar el universo en su génesis y su apocalipsis. Mucho tiempo tuvo que pasar para que yo pudiera reconocer sólo un gran resentimiento. Y cómo no, si muchas veces vi sus ojos humedecidos en nuestras múltiples despedidas. Pero lo que nunca acepté, fue la competencia de mi hermana María de los Angeles. Ella, por haber nacido primero que yo, siempre lo acompañaba con gran afectividad y un alto nivel de comunicación, que siempre envidié. ¿Por qué mi padre y yo nunca nos hablamos igual? No lo sé. Sin embargo, me contaron muchas veces que, siendo niña, mi hermana montaba en el caballo con mi papá y vaticinaba: "cuando sea hombre, voy a pedir que mis camisas tengan una bolsa para guardar ahí mis cigarros"... Ella se ganó el cariño y una extraordinaria comunicación con mi padre -me consolaba-, pero el hombre fui yo. Bueno, eso creo.

ocurre, lo escrito trasciende los dominios de la página y la experiencia personal se vuelve memoria compartida.

Es decir, tiempo cautivo que se integra al dominio público con todos sus perfiles de nostalgia, reflexión y testimonio.

Salvador ha cerrado el círculo: conocernos más nos hace ser mejores.



ELIGIO CORONADO

Julio 30, 1996.

YO NO ME PUEDO QUEJAR...

Yo no me puedo quejar de incompreensión ni de desamor. Mis padres, mis abuelos, mis tíos y mis tres hermanas, volcaron todo su afecto por dondequiera que pasó mi niñez. De mi padre, quedaron realmente muy pocos malos ratos en mi memoria. Cuando se hizo viejo, lo abrazaba sin prejuicios y creo que ambos teníamos la sensación de abrazar el universo en su génesis y su apocalipsis. Mucho tiempo tuvo que pasar para que yo pudiera reconocer sólo un gran resentimiento. Y cómo no, si muchas veces vi sus ojos humedecidos en nuestras múltiples despedidas. Pero lo que nunca acepté, fue la competencia de mi hermana María de los Angeles. Ella, por haber nacido primero que yo, siempre lo acompañaba con gran afectividad y un alto nivel de comunicación, que siempre envidié. ¿Por qué mi padre y yo nunca nos hablamos igual? No lo sé. Sin embargo, me contaron muchas veces que, siendo niña, mi hermana montaba en el caballo con mi papá y vaticinaba: "cuando sea hombre, voy a pedir que mis camisas tengan una bolsa para guardar ahí mis cigarros"... Ella se ganó el cariño y una extraordinaria comunicación con mi padre -me consolaba-, pero el hombre fui yo. Bueno, eso creo.

...BAJO LA CAMA, CASI INMOVIL...

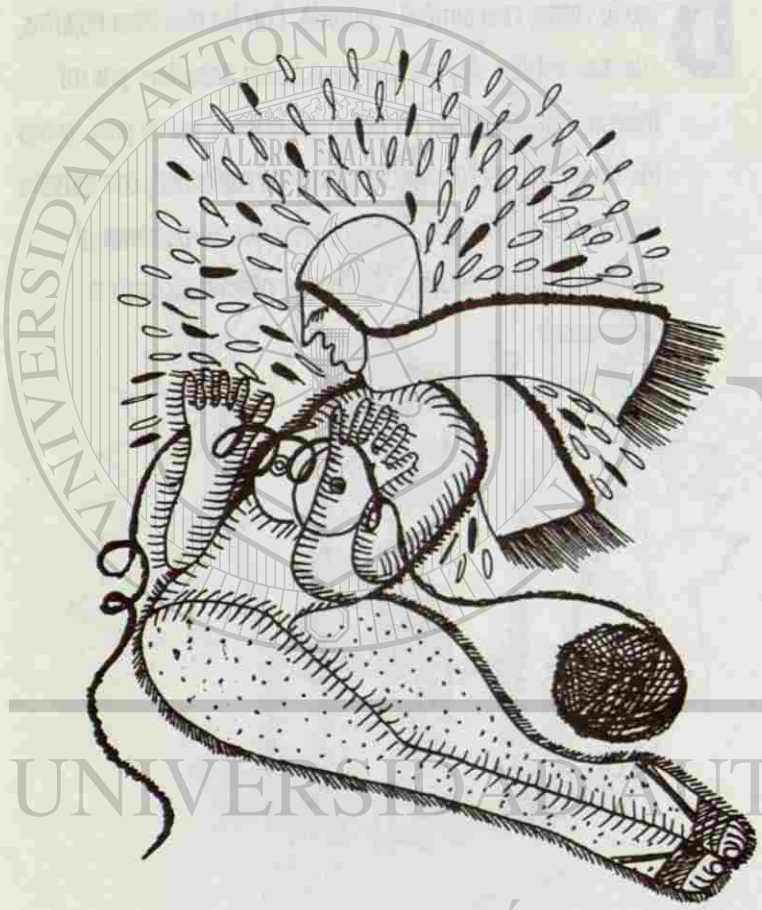


BAJO LA CAMA, CASI INMOVIL...

Bajo la cama, casi inmóvil, aguardé. Con los ojos bien abiertos, casi sin respirar. Así me mantuve hasta descubrir, por mí mismo, que la gallina no ponía los huevos por el pico, como me aseguraba mi mamá. Satisfecha mi curiosidad, con tamaña sorpresa para mis ojos de niño, creo que se pusieron al descubierto otras muchas cosas que aún no alcanzo a dimensionar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

...BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD...



EN REUNIONES FAMILIARES...

En reuniones familiares era obligada la anécdota del día en que estuve a punto de ahogarme en el río. Yo jugaba en la orilla y apenas podía hablar. A Agustín, que ya de grande nunca volví a ver, le debo la vida. El fue el que gritó. Mi madre siempre narraba el suceso con la misma angustia que aquella vez sintió y me volvía a abrazar. Nadie me ha vuelto a abrazar así...

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EN REUNIONES FAMILIARES

MI GATO MURIO...

Mi gato murió con la soga en el cuello. No recuerdo si lloré al verlo o solamente me sorprendí culpable. Han pasado tantos años, que sólo perduran las anécdotas de los demás. Horas antes yo mismo lo amarré porque era mi caballo y lo dejé pastando en mis sueños de niño, y lo olvidé. Cuando regresamos de visitar a los abuelos pude comprobar que ya no tenía caballo, ni gato.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONTABA UN CABALLO VIEJO...

Montaba un caballo viejo, pero muy blanco. Seguía de cerca a mi padre; platicábamos a lo largo del camino, pero ya no recuerdo de qué. Llegábamos al campo donde tenía el ganado y yo corría a la acequia para soñar. Construía pequeñas naves con las semillas de una enredadera. Cruzaba muchos mares sin pasaporte... y en el agua cristalina se fueron seguramente otras muchas cosas que no he podido encontrar más.

LOS BURROS

Todas las ventanas de la casa no fueron suficientes para observar aquel violento acontecimiento. Eran ojos de niño, de cuerpo muy desarrollado, pero de escasos ocho años. Aquella ansiedad, vital y primaria se metió en mi sangre sin reconocerla. Siendo imposible de entender, esperé a mi padre para sorprenderlo con todas mis preguntas. Sus respuestas fueron lacónicas, tímidas, quizás insuficientes. La ansiedad se quedó ahí para siempre y jamás le volví a interrogar. ¿Por qué se perseguía esa pareja de burros? ¿Por qué, papá?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PRIMER DÍA DE CLASES

También lloré el primer día de clases. Y no me quiero justificar, pero en la escuela sólo había criaturas desconocidas y abominables que no conocía y a quienes no tenía la menor intención de conquistar. Una maestra buena, pero que en nada se parecía a mi mamá. Un timbre, unos baños públicos, un patio sin jardín y un portón que se cerraba para que nadie pudiera escapar. Y lloré. Tanto que buscaron a mi hermana que estaba en otro salón y muy pegado a su pupitre, ahí me quedé. De pie, muy calladito, hasta el final. Después, la maestra me enseñó a pintar...

DE BUEN DIENTE

"Siempre has sido muy tragón", dice mi hermana, quien se la pasaba dándome té de manzanilla, improvisando un chupón con un pedazo de trapo, cuando apenas era un bebé. En los peores momentos de la economía familiar, siempre estuvieron en la mesa las tortillas, las gorditas, los frijoles, los huevos, el queso, la leche y uno que otro bistec. Tres veces al día. Nunca supimos ayunar mas que por voluntad. Y es que mi madre solía prolongar hasta la mesa su inagotable fuente de amor. Así, nada pude hacer contra la obesidad, hasta muy entrada la pubertad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOME UN MACHETE...

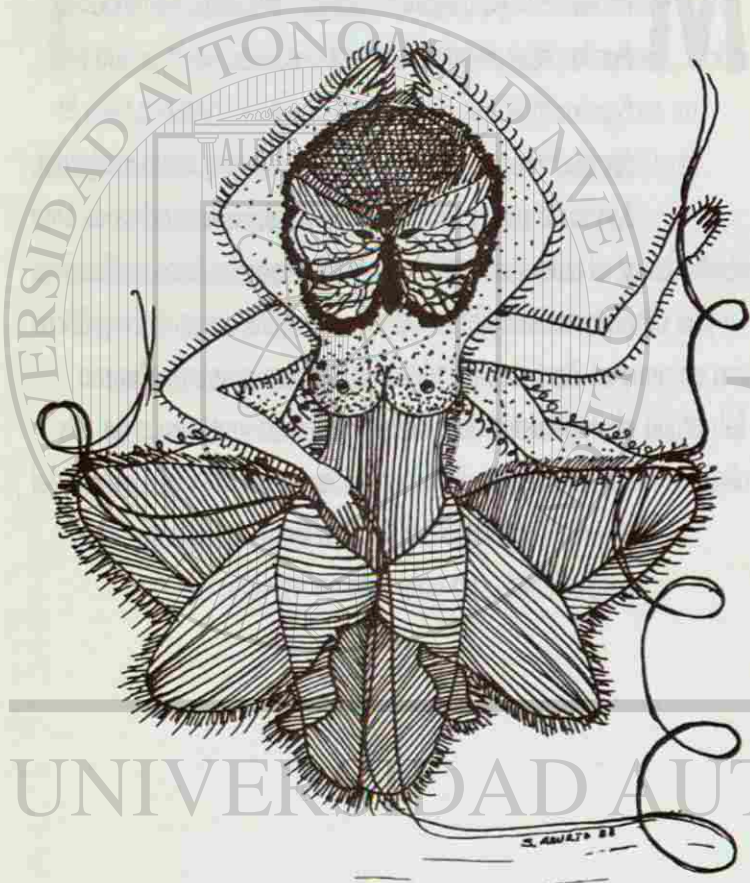
Tomé un machete con las dos manos y lo hundí varias veces en la tierra llena de humedad. Apenas podía sostenerlo. Había llovido bondadosamente y, alrededor de la casa, con un azadón, mi padre había levantado un borde para que la corriente no entrara en las habitaciones. Yo sentía un extraño placer que desde entonces se ha adueñado de mí en otras muchas ocasiones. El acero se hundía una y otra vez con mucha facilidad, hasta que topó con uno de mis pies semidesnudos, cuyos dedos asomaban por la punta del huarache. Me dejaron varias cicatrices que se fueron borrando con el tiempo. Igual que en mi corazón.

MI CASA SE LLENO DE GATOS...

Mi casa se llenó de gatos: grises, amarillos, combinados. Por las noches adivinaba sus pasiones en la penumbra. Sus exclamaciones de amor ponían nerviosa a toda la familia. Fui consecuente con los mininos y hasta instigador. Asomado por la ventana los vigilaba en las noches de luna y, al notar cada embarazo, me preparaba lleno de ilusiones para testimoniar con pormenores los datos demográficos y su consecuente registro. Tuvieron nombre y fueron protagonistas de múltiples historias y misterios en mis fantasías. Entre la fuerza violenta del celo y la magia del instinto maternal, me dejaron frente al abismo de la sensualidad... un gran reto en mi vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DE LA VIDA

Lo debo haber visto muchas veces. Otras más, debí ayudar. Tantas, que se me ha olvidado la primera vez. Amorosamente había que hacer el nido. Recorría el pequeño platanal cortando las hojas secas para enroscarlas cuidadosamente en forma circular hasta conseguir la forma correcta. Abridora, como un vientre cuidando la vida. Ahí, en un rincón libre de luz, se colocaban lo mismo los mangos verdes que los huevos de las gallinas. Después sólo había que aguardar pacientemente. Ver la vida en el color o en el movimiento, oler y oír el aroma y el canto de la creación. Nunca estuve tan cerca de la verdadera vida. Y no cabe duda que la tuve en mis manos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Que yo recuerde una sola vez me disgusté con mi abuela. Fue una de esas visitas que prolongaba en las puertas con las piernas y los brazos abiertos y una rotunda sentencia: "No te vas". Y ella me brindaba todo su afecto, me festejaba y me hacía feliz. Pero esa vez ocurrió que, sin prudencia ni recato, se acercó a mí cuando me acababa de bañar mi mamá. Y festejándome una vez más con palabras cariñosas que se le suelen decir a los niños, con todas sus manos osó tocar mis genitales. Horror. Supongo ahora que al desconcierto siguió la ira y el rencor. Abuso de confianza, maltrato psicológico, seducción. Sensaciones y sentimientos confusos que ahora no sé dónde se quedaron. Pero afortunadamente ya no me importan tanto.

Cuentan que me perdí. La casa tenía sólo cuatro habitaciones y nadie sabía lo que había sucedido conmigo. Fueron minutos tan largos como la búsqueda desesperada de mi madre quien jamás podría aceptar mi desaparición, ni mucho menos enfrentar el posible drama.

Familiares y vecinos hurgaron hasta el último rincón. De pronto una mujer, que se encontraba de visita, miró tras un ropero al fondo de una habitación. Ahí me descubrió aguantando la respiración. No sé si a esa edad tuviera la intención de conmocionar al mundo, mi pequeño mundo. Tampoco sé de la índole de mis pensamientos. Sólo disfruto desde entonces, cuando a veces me ausento, aunque, tampoco recuerde para qué.

Ahora creo que era una invitación a la violencia. Soplaban el viento del norte en tal forma, que tiraba las hojas y los tiernos frutos de todos los árboles. Así, de pronto me sorprendí corriendo por el patio, lleno de ansiedad. Como que buscaba llenar con energía todo mi cuerpo de calor. Cabalgaba descalzo en las ráfagas frescas. Y en consecuencia, como en un rito implícito, también mi perro se unía al desgaste de energía. Correteaba delante y detrás de mí. Y yo, en una chispa de ingenio y fantasía, tomaba una falda vieja y rota de mi madre para convertirla en el capote que en forma provocativa ondeaba en mi patio convertido en plaza. Con la magia de la imaginación, mi perro era la bestia que embestía y yo, su amo, el torero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

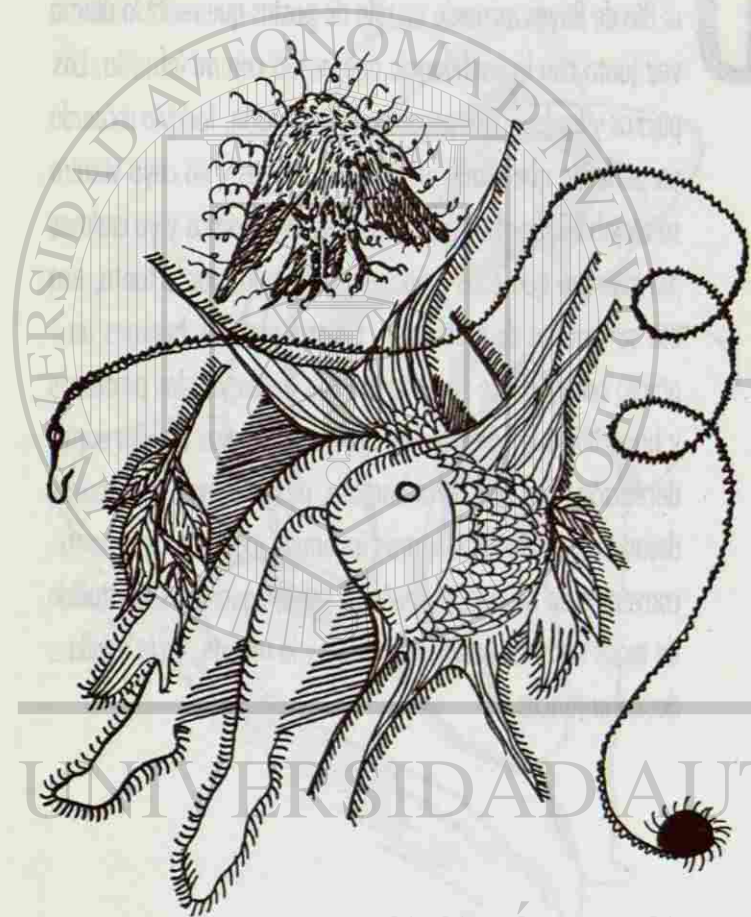
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CUANDO LA SEXUALIDAD NO NOS CABE EN EL CUERPO
 CUANDO LAS CABECILLAS MENDIGAN POR LIMOSINAS
 CUANDO LA SEPARACIÓN DE LOS PARENTOS
 TALES HUMILLACIONES Y ASI NOS HECIMOS
 OBLIGADOS A VIVIR EN LA VIOLENCIA

Del Día de Reyes recuerdo un rifle de postas que recibí la última vez junto con la confianza que acabó con mi infancia. Los pájaros y las lagartijas pagaron mi frustración. Todavía recuerdo un pecesillo que murió en nuestras manos y en cuyo vientre se alojaban otros dos más pequeños. Mis primos y yo creímos por siempre que esos eran sus críos y que, por lo tanto, esa era su manera de procrearse. En otra ocasión, herimos un pájaro amarillo que se defendió con desesperados picotazos y huyó hacia los árboles del río, sumiéndonos en una corta decepción. Con un rifle al hombro, marchamos por el monte dejando atrás todos los otros ingenuos juguetes. La huerta convertida en bosque, después en selva, aguardaba el estallido de todas nuestras pasiones. La vida y la muerte, en la mirilla... desde entonces.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¿SERA PARTE DEL AMOR?

¿ Será parte del amor?, me descubrí preguntando desde entonces. Y a pesar de que me invadía constantemente, no alcanzaba a definirlo. Me obligaba a dar vueltas en la cama y a perseguir por el cielo, entre los árboles, cada movimiento de la luna. Todos dormían. Alguna vez, en la obscuridad, me fumaba un cigarrillo a escondidas. Me buscaba en el espejo del ropero como queriendo descartar mi soledad. Temporalmente me acompañó un viejo y romántico radio portátil que dejaba encendido hasta despertarme al amanecer. Una almohada rellena de algodón llenó todos mis espacios. Era, sin duda, el largo preludio de mi adolescencia que se orquestaba entre las paredes de la intimidad y que sin mucha voluntad me habría de convertir en un distinguido sacerdote de Onán.

Por mucho tiempo guardé un viejo pantalón blanco con un remiendo en una de sus piernas. Era de hilos blancos de algodón en fino urdimbre realizado por mi madre. Cuando vio el agujero, me dijo casi sin pensarlo: "quítate eso, que te lo voy a coser". Yo la observé detenidamente en tan laboriosa tarea y me llegó hasta el alma su amoroso cuidado. Me dejé llevar por sus manos en cada viaje con la aguja y el hilo, como atrapado en insolubles lazos de amor. Cuando terminó, me sonreía con satisfacción. Después, cuando lo necesitaba, ponía mis dedos sobre el tejido que ella hizo para sentir lo amable e indispensable de su amor. Ay, si pudiera ahora remendar mi alma con tan delicadas manos y ese milagroso hilo de su comprensión.

El susto le duró mucho rato. Se tomó un té de manzanilla muy dulce y lo comentó en el vecindario. Mi madre estaba embarazada y su niño gritó. Desde el vientre, con mucha fuerza y muy claro. "Es una buena señal", le dijeron para calmarla. Obviamente, de eso yo no me acuerdo. Meses después, antes del año, un día lleno de sol, desde mi carretilla o andador, con la misma fuerza les grité: "¡Cá - llen - se!", ante la sorpresa de mis hermanas y sus amigas que jugaban con gran algarabía dentro de la casa, sumándose las gallinas y el perro. Todos se rieron y festejaron la ocurrencia y la casualidad. Casi tres años correspondí a tal afrenta, enmudecido. Hasta que se hizo el milagro que después colgaba de un hilito rojo en forma de lengua, en el marco del Santo Niño de Atocha. Rayos, lo que pocos saben es que todavía me angustio cuando tengo que hablar... porque bien, lo que se dice bien, no lo hago.

CUANDO LA HUMEDAD LLEGABA...

Cuando la humedad llegaba, inundaba hasta nuestras conversaciones: "Va a llover", al tiempo que las nubes borraban con sus grises nuestras sombras. Afuera, el paisaje se metía hasta el patio. Entonces, los árboles frutales y el jardín de mi madre, aguardaban las primeras y todas las gotas de lluvia, disponiéndose como en un amoroso acoplamiento. Se agudizaban mis oídos y oía el aguacero aún a varios kilómetros. Se iba incrementando su sonido de tiempo en tiempo como en un concierto. Primero un leve zumbido, como de abejas. Después un cetrado rumor que parecía provenir de millones de gargantas en resurrección. Y cuando cubría todas las hojas, el cielo se caía para bañar de sudor todos los cuerpos vivos en la tierra. Ahí estaba yo, palpitando y alucinando con todos. Callados, muy serenos. Mientras mi corazón se ahogaba como para dar principio a la vida.

LAS MEJORES PIERNAS...

Las mejores piernas en la casa las tenía yo. Eso me hicieron creer a fuerza de repetirlo mis tres hermanas y mi mamá. Cómo superar tanta sugestión. Así que la prescripción familiar me condenó a utilizar pantaloncillos cortos hasta los doce años de edad. Y montado en las ancas del caballo de mi papá, mis piernas al aire se paseaban orgullosamente. Un día, mi tío Indalecio todo lo echó a perder. El tenía un estanquillo donde mi padre me compraba dulces, refrescos y sorpresas en bolsitas que tenían por fuera pegadas las barajitas de la lotería. Montados en el caballo nos acercamos a comprar y dio en pellizcarme las gracias que Dios me dio. Tras un concilio familiar, los cortos fueron para la intimidad. Los usaba en la casa, en la calle jamás. Ahora soy un simple mortal, reprimido pero normal.

Siempre le tuve miedo a los truenos. Y a la luz de los relámpagos me ponía en sobreaviso. En mi pueblo, las tormentas transitaban con la lluvia abrazadas con el aire. Al acercarse me sobrecogían y, en impulso, buscaba la protección de mi madre. Ella, a su vez, disfrutaba mis temores.

Mi abuela, para alejar las tormentas, quemaba hojas de palma bendita y rezaba.

Truenos y relámpagos eran un espectáculo familiar que nos unía.

En una ocasión llegaron por la noche encontrándome solo con mi madre. Pasillo de por medio, esa vez, no tuve el valor de abandonar mi recámara, por lo que cubrí mi cabeza con la almohada toda esa eternidad. Cuando pasó la guerra celestial, el sudor y el agotamiento vencieron al insomnio y me dormí.

Cuando nos levantamos, muy preocupada mi madre me preguntó si acaso no había escuchado sus gritos de loca llamándome a su regazo. "No", le respondí, "y ya no tengo miedo". En el rostro de ella, me pareció ver la lucha entre la alegría y la tristeza.

Subían las llamas hasta el cielo y mis ojos de niño se entornaban alzando la barbilla, apuntando siempre a lo más alto. Las hojas secas encendidas, contagiaban entre sí sus chispas y al crujir recortaban las siluetas en la oscuridad. Concluía otro día...

La escoba y el rastrillo dejaban sus huellas en el suelo y yo apuraba un cerillo auxiliado con petróleo o un pedazo de papel.

Para mí era como desterrar fantasmas. Corría infatigable alrededor de la fogata como para incinerar mis ansias. En cada pieza que se quemaba sentía cómo se iban las penas, las tristezas, mis malos ratos; se marchaban hacia el infinito, hacia la nada, hacia el oscuro misterio de cuya identidad, aquello sólo era un umbral.

Agotado el ritual, caía desvanecido en mi lecho. Transcurría el éxtasis y horas más tarde, descubría el nocturno silencio de nuestro hogar. Miraba las estrellas y me llegaba una plenitud y cierta convicción de volver a revivir una remota experiencia de la cual no había más nada qué decir. Aquello era como la prolongación del primer fuego, al que ya nunca han podido apagar los hombres.

EL PRETENDIENTE

Contaba mi abuelo que, en una ocasión, coincidieron sin proponérselo mi tía Elena -en ese entonces soltera- y él -uniformado aduanal del puerto- en los asientos contiguos de un tranvía de Veracruz.

Transporte típico en su época, algo lento para nuestras prisas de hoy, pero cómodo y fresco para los climas cálidos. En aquella ocasión, un tipo impertinente y fogoso dio inicio al típico flirteo de la costa, para convencer a mi tía del más auténtico romanticismo como prueba del amor a primera vista. Mi abuelo hablaba fuerte cuando se enojaba, pero se contuvo.

Escuchó pacientemente todas las frases de aquel audaz casanova. Investido en su uniforme militar, su kepi y la pistola al cinto, aguardó hasta encontrar el momento oportuno para interrumpirlo, y con estruendosa voz le requirió a mi tía:

"Andale, hija, por qué no le haces caso a este caballero que parece tan honesto y trabajador, cabrón, hijo de la chingada" al tiempo que explotaba y lo amenazaba con la pistola, provocando el pavor y la huida del intruso. Mi abuelo reía a carcajadas cada vez que lo contaba y concluía: "ese pobre hombre iba tan asustado, que de seguro todavía debe traer los huevos en la nuca".

CUESTION DE OFICIO

En el lavadero que se encontraba atrás de la casa de los abuelos, por largo tiempo nos acostumbramos a ver con mucha naturalidad un par de féretros de madera de cedro, sin barnizar. Abajo hacían su nido las gallinas y nosotros jugábamos alrededor. Había muchas macetas viejas con las hierbas de olor y un tulipán-clavel rojo encendido, que nunca dejó de florecer. Atrás estaban los árboles frutales y un canal de riego que tanto me gustaba visitar. Los dos ataúdes estaban hechos a la medida, pues para eso el abuelo había puesto mucho esmero para que "a la mera hora, no suceda que el muertito no quepa, que es lo más natural". Era un buen carpintero con conocimientos de ebanista, como un simple pasatiempo, pues era gente de campo y le gustaba sembrar. Aquel buen día que tomó la decisión de construir su mortaja y la de su mujer, a algunos nos hizo llorar. Pero nunca tanto como cuando se murió. Y efectivamente, de su féretro nadie se tuvo que ocupar ni preocupar.

Hoy, yo no sé dónde quedaron aquellas herramientas, porque ese oficio nunca lo aprendí. Si ahora, en cambio, con mis palabras pudiera hacerme una mortaja, superando los problemas que sabiamente mi abuelo resolvió con gran valor, las lanzaría todas al fuego y solamente utilizaría una: "adiós".

LA MUERTE DEL ABUELO

Mi abuelo murió en las vísperas de la Semana Santa. De acuerdo con nuestras tradiciones, después de sepultarlo, le ofrecimos un novenario en la casa vieja y lo terminamos el miércoles santo. En aquella época, radio y televisión interrumpían su diaria programación para transmitir temas y música religiosa, propiciando el recogimiento y la reflexión familiar, centrados en la crucifixión de Jesús. Estas circunstancias hicieron más doloroso y profundo nuestro luto. Mi abuelo se fue y me dejó una profunda tristeza. Muchas veces me recordaría en su regazo y después me lamentaría de ir olvidando todas sus enseñanzas y sus anécdotas.

Cuando me percaté de que jamás volvería, ya estaba en la soledad de mi cuarto y en la oscuridad de la noche. Mirando al cielo estrellado por mi ventana, lo buscaba sin encontrarlo. Mucho tiempo pensé que aún vagaba en el universo y que luego se me acercaba sin que yo me diera cuenta. Gracias a él siento que por primera vez me acerqué a Dios. Creo que hasta lo imaginé como una extensión. A él le recé fervientemente mis oraciones, noche tras noche sin faltar. Ya para cuando celebramos su "cabo de año", allá en la misma casa vieja donde vivió, como que me volvió una paz interior. Nadie despejó mis dudas porque a nadie conté mi secreto, pero a Dios nunca le he dejado de hablar.

ENCUENTRO CON EL BAILE

Mamá'enga le decíamos a nuestra abuela materna, porque en nuestro lenguaje infantil no podíamos pronunciar Mamá Negra. Murió en 1991 cuando contaba con ciento seis años de edad. Mestiza, heredó los rasgos blancos de su padre, quien fuera descendiente de españoles comerciantes en abarrotos. Pero el color de su piel lo debía seguramente a su abuela mulata y a sus ancestros esclavos que ocho décadas atrás apenas habían obtenido su libertad. Era alegre y bailadora. Nadie se explicaba por qué se pudo haber casado con el abuelo, pues era bastante serio y austero en sus alegrías.

"Hijo -me contaba- apenas escuchaba el arpa y las jaranas, tiraba el mandil por ahí y me salía corriendo a zapatear". Hablaba de sus tiempos de soltería, claro. Y entusiasmada concluía: "hubo veces que me pusieron hasta siete sombreros en la cabeza", señalándome con orgullo que esa era la forma de premiar su maestría en el baile popular.

Mi madre, que nació en 1912 y mi hermana Tere que fue la primogénita, heredaron buena parte de su alegría y fueron quienes me enseñaron a bailar el danzón, tan pronto como aprendí a caminar. Por eso, el baile "lo llevo en las venas", muy escondido en los genes de mi tercera raíz. A ellos debo mi alegría por la vida y por esa abundante tierra negra costeña en la que nací... al son del Son, y del Danzón.

DE AQUEL BASALTO...

De aquel basalto en forma de montura, asomaban sólo sus crestas que se protegían bajo la sombra de un frondoso almendro. Me pasaba ahí las mañanas y las tardes, partiendo las semillas del bondadoso árbol, que daba frutos todo el año. Un montón de arena, que había quedado como excedente de domésticas adecuaciones en la construcción de nuestro hogar, servía regularmente de nido a las lagartijas que se asoleaban y después corrían entre mis pies. Ocupado en mi diaria actividad, siempre estaba a la vista de mi madre, quien se asomaba de cuando en vez, por la ventana de la cocina. Era la orilla del camino y la gente que desfilaba se detenía a saludar "como es de educación". Nunca nadie que recuerde, se atrevió a remover tan milenaria montura. Muchos años después, circunstancias que ahora me parecen predestinadas, me acercaron a conocer algo sobre el sincretismo Yoruba. Las fuerzas de la naturaleza convertidas en deidades, se agolparon entonces en mis pensamientos para organizar el mundo de mis nostalgias. Ahora creo que Elégua habitaba ahí. Que ha llenado de energía todo mi cuerpo desde entonces, porque sería imposible negar que aquella noble roca no guardara una muestra de la fuerza cósmica de aquella gran explosión. Y que, para mi fortuna, se quedara en testimonio

EL HIMNO

y para siempre, en el patio de mi casa, ese gran peñasco convertido en mudo compañero de toda mi infancia. Con el tiempo, y estando tan lejos, aún recuerdo su extraordinaria majestad. Es por eso que otra piedra de menores dimensiones detiene la puerta de acceso en nuestro departamento. La gente no lo sabe y yo, sólo siento por ella un enorme respeto.

EL HIMNO

No. Yo no puedo cantar completo el Himno Nacional. Ni siquiera respirando con la técnica que el maestro nos aconsejó. El resultado siempre es el mismo. Una poderosa emoción se me sube a la garganta y casi me hace llorar. Será la historia de mis abuelos revolucionarios. O será el arraigado nacionalismo de las escuelas de los cincuentas que a la patria *"un soldado en cada hijo te dio"*.

Lo de mis abuelos es cierto. Los dos fueron agraristas y mi infancia la llenaron de anécdotas apasionantes, que ahora me lamento no recordar. Lucharon por un pedazo de tierra dónde vivir y trabajar. Ahora no todos lo entienden, aunque parece que ni falta hace.

Lo de la escuela es muy especial. Desde párvulo hasta la secundaria, fueron diez años que me tocó ser el abanderado en la escolta. Obviamente, me llegué a sentir la prolongación del lábaro patrio y su más celoso guardián. Llevado hasta el éxtasis, disfrutaba al ver ondear con el viento aquel pedazo de tela tricolor *"legado de nuestros héroes"*.

Por una intensa emoción patriótica que lograron despertar, en esos momentos hasta me atrevería a *"exhalar en tus aras mi aliento, si el clarín con su bélico acento nos convoca a lidiar con valor"*. Fueron vivencias de un profundo significado

gracias a aquellos maestros que nos hicieron desfilas como un verdadero ejército defensor de la soberanía nacional. Años más tarde, cuando realizamos el servicio militar, curiosamente en el año de 1968, volví a ser abanderado y me lamenté de no haber iniciado una carrera militar. Ahora, creo, ya ni siquiera formo parte de la tercera reserva del Servicio Militar Nacional, y no sé si me merezca *"un sepulcro... de honor"*.

LA NORIA

Un espejo, en el fondo de la noria, reflejaba los rostros de la familia. Ahí estaba siempre el verde cambiante de las hojas de mango y un cielo lleno de nubes como escenario. La cubeta subía llena y bajaba vacía en un ritual de todas horas. "Me voy a bañar" anunciaba, y del manantial subterráneo se alegraba conmigo la bondadosa y eternamente agua nuestra.

No puedo precisarles cuándo la fuerza de mis brazos venció la gravedad; pero desde su encuentro en el brocal, siempre se unían nuestras existencias en un breve pero muy intenso contacto.

Almacenada en un tanque inmediato, seguía cara al cielo reflejando imágenes en primitivo diálogo. Entonces, caían una a una nuestras prendas y tras las puertas de aquel

improvisado cuarto de baño, un himno acompasado iba del tanque al bote, del bote al cuerpo, antes y después del jabón.

Agua redentora, agua bautismal, cómplice y compañera de mi despertar a la sensualidad y a las eróticas entregas de la pubertad. A cielo abierto se escurrieron por mi cuerpo y seguramente se guardaron en lo más subterráneo del hogar.

Después, la noria se enfermó de ausencia. Un hormiguero contaminó sus profundas playas. Herida por las lluvias y sus

MI ARBOL IRRENE

inundaciones, siguió aguardando en su espejo oscurecido, nuestras miradas, nuestros encuentros con sus besos.

Muriendo de soledad y mi abandono, merece esta promesa: que mis cenizas aguarden las primeras lluvias y que esparcidas por sus corrientes naveguen al encuentro del subsuelo; que se vuelvan espejo y que llenen de sensualidad las vidas, las raíces, los tallos, las hojas, las flores y los frutos. Con el color del amor de ayer y siempre que perfumó mi piel.

MI ABUELA IRENÉ

Mi abuela Irene mantuvo la fuerza de su carácter hasta el fin. Todos lamentamos aquella caída que la dejó inválida el último año de su vida. Y como ya nunca quiso salir de la casa que le dejó mi abuelo, mi padre tuvo que sacrificarse y pernoctar con ella, al cabo que ella era su madre. Sin embargo, con las visitas era muy atenta y platicadora. En su cama que era de latón dorado, siempre boca arriba. Las últimas veces que la vi, la arterioesclerosis llenaba de magia nuestras conversaciones. Una vez interrumpió nuestro diálogo levantando sus manos como asustando algo que tenía enfrente y me dijo: "Ay, hijo, esos hombres a caballo no me dejan dormir, porque vienen y rayan sus monturas enfrente de mí como queriendo asustarme... jamás lo conseguirán". Obviamente yo no sabía qué contestar y un escalofrío me sacudía brevemente. En otra ocasión, me dijo en voz baja: "Hijo, ese chamaco que está parado junto a la cama, siempre viene y se me queda mirando; no me dice nada y yo le digo que se vaya a su casa, pero no me hace caso. No me gusta porque siempre anda sucio y quién sabe de quién será". Nunca pude decirle que yo no veía nada, pero sus ideas me dejaban intranquilo por un buen rato. "¿Por qué no

puedo ver lo que ella me dice?", pensaba. Y en mi corazón crecía el temor y los deseos de incursionar en la fantasía de mi abuela Doña Irene.

Ahora sé que los caballerangos que se atrevían a llegar hasta el pie de su cama, fueron verdaderos y que llegaban desde los remotos paisajes de la Revolución que a ella le tocó vivir. Y sé también que aquel niño tenía una historia de sueños y juegos que no me quiso contar.

Al recordar aquel rincón oscuro en el cual se apagó mi abuela, abro para ella una ventana de palabras que, en forma atropellada, define a contraluz la parte de su mundo que, sin que yo me diera cuenta, me regaló como un collar que lentamente se rompe ahora en mi pecho, y va soltando al viento sus cuentas en mis sueños y en mis cuentos.

EN LOS ÚLTIMOS VEINTE DIAS...

En los últimos veinte días tres veces me ha despertado la emoción de soñar con mi madre. Me intriga porque muy pronto se cumplirán cuatro años de su muerte.

En la nostalgia provocada por los sueños, me ha dado por reflexionar sobre estos poderosos vínculos que nos han unido aún antes de nacer y a pesar de su irremediable partida. Ella murió una semana después de que murió mi abuela. Entre ellas también hubo un poderoso vínculo que todos pudimos constatar a medida que juntas se fueron enfrentando a la vejez y a la enfermedad, entre otros aspectos dramáticos de nuestras vidas comunes.

Tales vínculos quizás sean la verdadera razón de nuestras vidas. Cada vez me siento más seguro de que mutuamente nos hemos soñado muchas veces y que, ante la bondad de las imágenes oníricas, resulta más cruel la falta de sincronía entre su existencia y la mía.

Con sus sueños, ella me vio crecer y luchar por sobrevivir; con los míos, yo la vi madurar y enfrentar todos sus acontecimientos con valentía. No estaré nunca seguro si me sigue soñando, pero por la fuerza de nuestros vínculos deberá ser casi imposible dejar de imaginarnos y de construir historias en otras dimensiones parecidas a las del sueño. Quizás por

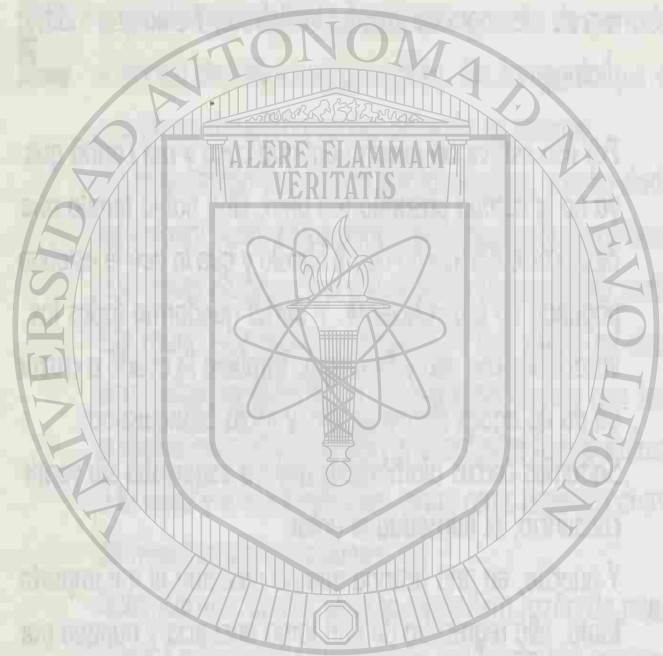
eso no me angustia soñarla; lo disfruto. Y creo que todavía dialogamos.

Por eso estuve en nuestra antigua casa y me confió que ya no la estaba pasando tan bien. Que había tenido que deshacerse del rancho de mi abuelo y que lo que le estaban pagando no era suficiente. Y decidí quedarme todas las vacaciones con ella y se alegró. También la ayudé a cruzar un río de aguas transparentes y rocas blanquísimas.

Saltamos cercas alambradas que yo esquivaba sin sentir cansancio, ni humedad ni dolor.

Y anoche, en una historia que no recuerdo ni me importa tanto, ella regresaba de una larga ausencia y aunque por la emoción apenas alcanzaba a verla, me abrazaba tan fuerte a ella que casi me fundía con una mezcla indescriptible de ansiedad. Fue un sueño tan intenso que todavía siento la carga de afecto que me acompaña desde antes de nacer y a dondequiera que voy.

EN LOS ÚLTIMOS VEINTE DÍAS...



UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FACULTAD DE ARTES VISUALES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Unidad Mederos
Trieste 4600
Fracc. Las Torres
Monterrey, N.L., México
E-mail: visuales@ccr.dsi.uanl.mx





Tiempo cautivo se terminó de imprimir
en la Facultad de Artes Visuales
de la UANL el Verano de 1997.

El cuidado de la edición
estuvo a cargo del autor
y de Eligio Coronado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1er. Tiraje: 1,000 ejemplares

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El privilegio de la comunicación supera: el tiempo, el espacio, la realidad. Ser un profesional de la comunicación visual, el abordar textos visuales así como literarios con destreza y calidad colocan a Salvador Aburto como excelente enlace con las generaciones que nos toca convivir y orientar para la vida. Ojalá la vida nos permita permanecer en el grupo de servidores universitarios, distinguidos siempre por su compromiso con el arte y por ende con la sociedad misma.

Mario Armendáriz Velázquez

Salvador Aburto Morales

Nació en Tolome, "un pueblito que no aparece en el mapa" del estado de Veracruz, en el año de 1948. En los últimos cinco años ha transitado de su primer oficio periodístico a los umbrales del quehacer literario a través de los talleres universitarios. Alumno de Artes Visuales en los años setenta, ha sido maestro desde 1979. Escribe esta su primer publicación literaria por dos motivos: personales, en el campo afectivo; e institucionales, para explorar el mundo de las imágenes a través de la palabra mirándonos en nuestra propia historia.